

## V. I. Lenin: política y filosofía. A propósito de «Materialismo y empiriocriticismo»

Ni Lenin ni *Materialismo y empiriocriticismo* merecen ocupar un puesto destacado dentro de la filosofía, al menos si la entendemos en su sentido tradicional. Efectivamente, «la insuficiencia técnica o profesional de los escritos filosóficos de Lenin salta a la vista del lector. Para ignorarla hace falta la premeditación del demagogo o la oscuridad del devoto»<sup>1</sup>. Althusser, por su parte, pretende justificar las deficiencias de la filosofía del político ruso y su divorcio de la filosofía académica, mostrando que la filosofía de Lenin pone al descubierto lo que aquélla tiene de reprimido: la política: «la filosofía debe reconocer que es sólo política investida de cierta forma, política continuada en cierta forma, política rumiada en cierta forma»<sup>2</sup>. Sacristán piensa, en cambio, que la filosofía de nuestro político es ante todo ideología, y su punto de vista sirve para completar el de Althusser porque toda politización, incluso en filosofía, necesita la ayuda de los elementos ideológicos.

La interpretación althusseriana de la filosofía de Lenin es acertada a nuestro entender, al menos parcialmente. Con su visión «política» Althusser pretende, tal vez, ocultar la otra parte de la verdad: la ideología presente no ya en la filosofía de Lenin sino en los aspectos de marxismo que debieran estar más alejados de aquélla. Porque, más que la obra filosófica del revolucionario ruso,

1. M. SACRISTÁN, *Lenin y el filosofar*, p. IX. Introducción a la edición española de la obra de Lenin que citaremos a continuación.

2. L. ALTHUSSER, *Lenin y la filosofía*, trad. española. Edic. Era (México 1970), pp. 22 y 23.

es la progresiva ideologización de su marxismo, dependiendo de su actuación política, lo que es digno de meditación. Más que sus pensamientos filosóficos, es la forma de llevar a la práctica sus ideas lo que constituye una lección para nosotros en el terreno de las relaciones entre la política y la filosofía. Incluso si admitimos la tesis althusseriana de que la filosofía —al menos cierta filosofía— es sólo política revestida de cierta forma, él, en buen marxista, debe también reconocer el valor de la aplicación práctica de esa misma filosofía, esto es, su concreción política. Porque, como diría el propio Marx, es en la práctica donde la filosofía logra tanto su abolición como su realización. Y es precisamente la práctica la que nos va a permitir comprobar lo que sucede cuando la filosofía es en realidad política y lo que ocurre cuando la política se pone al servicio de una concepción del mundo y de una filosofía que han sido totalmente ideologizados. Esta inversión, que se produce en Lenin por la politización de su filosofía y por la toma del poder de su grupo político es, en nuestra opinión, merecedora de atención y lo que justifica el resto de nuestro trabajo.

Es a través de su principal escrito filosófico: *Materialismo y empiriocriticismo*, como entraremos en contacto con la forma leniniana de hacer filosofía. Porque, aunque en un estudio profundizado y posterior de la filosofía de Hegel, Lenin superó algunas de sus deficiencias técnicas, es en esta obra donde mejor se muestra la interacción que existe entre una cierta forma de hacer filosofía y una cierta forma de ejercer la política.

\* \* \*

Materialismo y empiriocriticismo se escribe en 1908. Los intelectuales marxistas están confusos y, debido a una seria campaña contra el materialismo, vacilan en sus convicciones filosóficas. Algunos llegan a propugnar que el marxismo debe desembarazarse de esa metafísica precrítica que es el «materialismo dialéctico», y abrazar la auténtica filosofía: el empiriocriticismo<sup>3</sup>.

Esto es precisamente lo que saca de sus casillas a Lenin, que sean marxistas, hombres que se proclaman de izquierdas, los que con refinada palabrandería están defendiendo posiciones reaccionarias. Lenin pretende desenmascarar a los que atacan de forma tal al idealismo, que acaban defendiendo, con una terminología más o menos modernizada, el mismo idealismo que combaten.

3. Cfr. L. ALTHUSSER, *Lenin...*, p. 11.

El libro del político ruso es una toma de posición filosófica radical contra todas las formas idealistas, sean éstas empiristas o positivistas<sup>4</sup>. Escrito polémico que arremete contra todo el que no sea consecuentemente materialista. Después veremos lo que esto significa para Lenin. De modo ácido y burlón pasa revista a los filósofos idealistas, principalmente del siglo XIX, con el fin de triturarlos y reducirlos a la nada. De todas formas sus ataques van dirigidos de modo particular contra la filosofía del momento, la que estaba entonces de moda: el empiriocriticismo de Mach y Avenarius.

Con el fin de ridiculizar a sus adversarios Lenin les muestra que sus pretendidas «nuevas» teorías son en realidad algo viejo, algo que podemos leer tal cual en las obras de un obispo que escribía a principios del siglo XVIII: Berkeley. El filósofo irlandés distingue así el materialismo y el idealismo: el materialismo admite la existencia de objetos en sí, fuera de la mente, siendo las ideas y sensaciones copias o reflejos de esos objetos; el idealismo, por el contrario, mantiene que los objetos no existen fuera de la mente, sino que son combinaciones de sensaciones<sup>5</sup>. Berkeley no niega la existencia de las cosas, sino la de la materia, ésta no existe, es *nada*, es un puro símbolo abstracto: «De que las cosas que veo con mis ojos y toco con mis manos, existen, y existen realmente, no tengo la menor duda. La única cosa cuya existencia negamos es aquello que los *filósofos* llaman materia o substancia corpórea»<sup>6</sup>. Lenin no sólo recoge la doctrina de Berkeley, sino que alaba su franqueza y claridad de expresión.

Las doctrinas del obispo irlandés entran claramente dentro de las teorías idealistas del conocimiento: las ideas no tienen su origen en las cosas, las cualidades y accidentes no están fuera de la mente. La noción de causa queda reducida a marca o signo. Las ideas son acciones de la divinidad sobre la mente humana. Estamos, pues, en presencia de un idealismo objetivo, porque hay, efectivamente, algo exterior que produce nuestras ideas: lo que para los materialistas es obra de la materia, es para Berkeley obra del espíritu.

Los partidarios de Mach, nos dice Lenin, no aportan nada nuevo, se limitan a repetir las ideas y los argumentos de Berkeley. Por ejemplo, Mach afirma que las sensaciones no son «símbolos de

4. Ibidem, p. 50.

5. Cfr. V. I. LENIN, *Materialismo y empiriocriticismo*, trad. española. Editorial Grijalbo (Barcelona 1975), p. 16.

6. Ibidem, p. 18.

las cosas», sino que la «cosa» es un símbolo mental: «No las cosas (los cuerpos), sino los colores, los sonidos, las presiones, los espacios, los tiempos (lo que ordinariamente llamamos sensaciones) son los verdaderos *elementos* del mundo»<sup>7</sup>. Esto, para Lenin, es idealismo, una doctrina contraria al materialismo filosófico.

Los machistas enseñan que el mundo se compone de sensaciones, de «nuestras sensaciones», y Lenin reprocha a Mach ese «nuestras», cuando en realidad sólo tiene derecho, para ser consecuente con su teoría, a escribir «*mis* sensaciones»<sup>8</sup>. Para la física, por el contrario, la materia es una realidad directa de la cual sólo una parte, la orgánica, está dotada de sensibilidad. Pero para Mach la materia no es lo primariamente dado, sino que lo son las sensaciones: «La diferencia entre el materialismo y el «machismo» se deduce, entonces, por lo que concierne a esta cuestión, a lo siguiente: el materialismo, de completo acuerdo con las Ciencias Naturales, considera la materia como lo primero y considera como secundario la conciencia, el pensamiento, la sensación... El machismo se sitúa en un punto de vista opuesto, idealista, y lleva de golpe al absurdo...»<sup>9</sup>.

No se conforma Lenin, como hemos visto, con ridiculizar a sus adversarios haciéndoles ver que defienden una teoría ya expuesta por un obispo anglicano, sino que pretende también mostrar la oposición que existe entre esa teoría y la ciencia. Con todo esto el filósofo ruso no pretende sino desenmascarar que Mach, a pesar de la terminología empleada, se encuentra incluido dentro de la corriente idealista de pensamiento. Avenarius es también idealista, dado que afirma que solamente la sensación puede concebirse como existente. Para él ni la substancia ni el movimiento engendran en nosotros la sensación. El materialismo, por el contrario, no deduce la sensación del movimiento de la materia, sino que considera la sensación como una de las propiedades de la materia en movimiento<sup>10</sup>.

Lenin insiste en que para el verdadero materialista «la existencia de la materia no depende de la sensación. La materia es lo primario»<sup>11</sup>. El materialismo presente en las teorías de los empiriocriticistas no es más que palabrería, verbalismo que intenta encubrir su idealismo mediante el empleo de términos objetivantes,

7. Ibidem, p. 27.

8. Cfr. ibidem, p. 30.

9. Ibidem, p. 32.

10. Cfr. ibidem, p. 33.

11. Ibidem, p. 39.

como es, por ejemplo, el uso de la palabra «elementos» y otras similares. Nuestro filósofo acude nuevamente a las ciencias naturales para refutar a sus adversarios: para la ciencia el mundo existió antes que el hombre, antes que la conciencia, antes que la sensación. La conciencia es un estado interno de la materia y el pensamiento una función del cerebro <sup>12</sup>.

También se apoya Lenin en las autoridades marxistas para concluir nuevamente que el verdadero materialismo es el que propugna él y no el de los machistas: «el mundo material y perceptible por los sentidos —dice Engels—, del que formamos parte también los hombres, es lo único real, nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy trascendentes que parezcan, son el producto de un órgano material, físico: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia. Esto es, naturalmente, materialismo puro» <sup>13</sup>.

Como las mismas palabras de Engels indican, ni éste ni Lenin se van a conformar con su materialismo gnoseológico. Pero antes de seguir adelante conviene que nos fijemos ya en las consecuencias políticas que se siguen de la elección de una teoría materialista del conocimiento en oposición a las idealistas, consideradas por Lenin como reaccionarias. Lenin, que es antiempirista y anti-positivista, reconoce el papel decisivo de la abstracción científica y el valor de la teoría como tal. La sistematización conceptual y la acertada elaboración teórica están exigidas incluso por la práctica política, y el filósofo ruso se ha dado perfecta cuenta del valor político de una u otra gnoseología. Para Althusser no se pueden demostrar los principios últimos del materialismo, como no se pueden demostrar los del idealismo <sup>14</sup>. La razón es que no son objeto de conocimiento comparable al de la ciencia. La filosofía, sigue diciendo Althusser, no tiene objeto, no avanza, no tiene historia; pero tiene que tomar partido, y lo toma de hecho contra la tendencia fundamental adversa, por más que intente negarlo públicamente. La elección del materialismo o del idealismo tiene relación con la lucha de clases, la filosofía, en el fondo, representa la lucha de clases <sup>15</sup>.

Si esto es así, hay que admitir la existencia de elementos ideológicos ya en la decisión de aceptar una u otra teoría del conoci-

12. Cfr. *ibidem*, p. 64.

13. Citado por LENIN, p. 65.

14. L. ALTHUSSER, *Lenin...*, p. 60.

15. Cfr. *ibidem*, p. 73.

miento. Como veremos a continuación la filosofía de Lenin sufre una ideologización progresiva al intentar ser coherente con los planteamientos políticos previamente elegidos. Pero el pragmatismo político supone en este caso, si es que no en todos, un empeoramiento de la insuficiencia académica de los escritos filosóficos del revolucionario ruso. Lo ganado en política, se pierde en filosofía. Como dice Sartre «la filosofía materialista de Engels y de Lenin es «impensable», en el sentido de un *Unding*, un pensamiento que no puede afrontar la prueba del simple pensamiento, pues es una metafísica naturalista, precrítica, prekantiana y prehegeliana, pero le reconoce generosamente la función de un «mito» platónico que *ayuda a los proletarios a ser revolucionarios*»<sup>16</sup>.

\* \* \*

La gnoseología del materialismo afirma, como hemos visto, que fuera de nosotros, e independientemente de nosotros, existen objetos, cosas, cuerpos, etc., y que nuestras sensaciones son imágenes del mundo exterior. No hace falta ser marxista para admitir que la existencia de la materia no depende de la sensación. Ahora bien, el materialismo gnoseológico se convierte en ontológico para los marxistas; preocupados por rechazar la teoría idealista que niega la existencia de la materia, caen en el extremo opuesto manteniendo que la materia es la única realidad. Lenin aprueba las palabras de Schwegler: «sólo existe lo que se percibe, no hay otro ser que el material»<sup>17</sup>.

Consecuencia importante del reconocimiento de la existencia de la materia independiente de nuestra conciencia, es la aceptación por parte del materialismo de la realidad objetiva del tiempo y del espacio<sup>18</sup>. En esto se separan también de los idealistas, sobre todo de los kantianos. Por otra parte como Lenin acepta la visión dinámica del mundo propuesta por Marx, la materia de la que habla nuestro filósofo es una materia en movimiento: «En el universo no hay más que materia en movimiento, y la materia en movimiento no puede moverse de otro modo que en el espacio y en el tiempo»<sup>19</sup>.

Para los machistas la nueva física ha refutado el materialismo. Se ha descubierto la radioactividad y que el átomo, a diferencia

16. Ibidem, p. 14.

17. Citado por LENIN, p. 100.

18. Cfr. ibidem, p. 136.

19. Ibidem, p. 136.

de lo que creían Marx y Engels, no constituye la «esencia» de la materia. Para la nueva física (para algunas tendencias al menos) las antiguas teorías no son reflejos de la realidad objetiva, que era lo que iba de acuerdo con el materialismo, sino símbolos o señales de ella. No existe, por tanto, afirmaban los machistas, una realidad objetiva independiente de nuestra conciencia, que era lo que propugnaban las teorías idealistas. «La materia ha desaparecido»: con tales palabras se puede expresar la dificultad fundamental y típica, respecto de muchas cuestiones particulares, que dio origen a esta crisis»<sup>20</sup>.

Esta dificultad parece poner en serios aprietos a la teoría materialista. Lenin no deja de reconocer que determinadas escuelas de la nueva física apoyan la doctrina de Mach u otras verdades de la filosofía idealista. Los marxistas que propugnan el abandono de materialismo dialéctico, porque «esa desaparición de la materia de que hablan siguiendo a los físicos contemporáneos, no tiene ninguna relación con la distinción gnoseológica entre el materialismo y el idealismo»<sup>21</sup>. Lo que interesa a Lenin es mantener la diferencia fundamental que existe entre la teoría idealista y la materialista del conocimiento. La acusación que lanza contra los machistas es la misma de siempre: adoptan los principios de la filosofía burguesa y reaccionaria, el idealismo.

«El materialismo y el idealismo —dice Lenin más adelante— difieren por la solución que aportan al problema de los *orígenes* del conocimiento, al problema de las relaciones entre el conocimiento (y lo «psíquico» en general) y el mundo *físico*; la cuestión de la estructura de la materia, de los átomos y de los electrones no tiene que ver más que con ese «mundo físico»<sup>22</sup>. Con esta distinción Lenin cre poner al margen de todo ataque científico la noción materialista del materialismo. Como el mismo Engels había reconocido «el materialismo recorre una serie de fases en su desarrollo. Cada descubrimiento trascendental, operado incluso en el campo de las ciencias naturales, le obliga a cambiar de forma»<sup>23</sup>. Aquí, insiste Lenin, no hay ninguna forma de revisionismo, puesto que queda a salvo la teoría materialista del conocimiento. La filosofía no es una ciencia y las categorías filosóficas son distintas de las científicas. Esta es la tesis de Lenin y, sin duda, una distin-

20. *Ibidem*, p. 205.

21. *Ibidem*, p. 206.

22. *Ibidem*, p. 207.

23. Citado por LENIN, p. 200.

ción válida, pero que puede chocar en un «filósofo» como el ruso tan enemigo de las distinciones.

Ningún problema, por tanto, ante la presunta «desaparición de la materia». Porque lo que desaparecen son los límites con los que conocíamos la materia, lo que desaparecen son una serie de propiedades de la materia, como la inercia o la masa, que nos parecían inmutables y absolutas, siendo así que la «única propiedad de la materia con cuya admisión está ligado el materialismo filosófico, es la propiedad de *ser una realidad objetiva*, de existir fuera de nuestra conciencia»<sup>24</sup>. Lenin recurre de nuevo a una distinción para dar razón del error de los partidarios de Mach: «El error del machismo en general y de la nueva física machista consiste en ignorar esa base del materialismo filosófico y la diferencia entre el materialismo metafísico y el materialismo dialéctico»<sup>25</sup>.

Así pues, la noción de materia para el materialismo comporta un significado gnoseológico claro: que la realidad objetiva existe independientemente de la conciencia humana. Otra cosa son las tesis científicas que pretenden dar razón de la estructura íntima de la materia y de sus propiedades. Aquí el materialismo dialéctico insiste en el carácter relativo e histórico de nuestro conocimiento. No se pueden admitir, por tanto, elementos inmutables en las cosas, eso sería un materialismo metafísico, lo cual es contrario al materialismo dialéctico, en palabras del propio Lenin. La materia está en continuo movimiento y Lenin niega que sea concebible un movimiento sin materia repitiendo las palabras de Engels<sup>26</sup>. Esta ignorancia de la dialéctica (así como la incompreensión del carácter relativo de todas las teorías científicas) es un defecto de los antiguos materialismos que el marxismo ha superado. Lo que ahora se propugna no es un materialismo metafísico (que cae para Lenin, como no, en el idealismo), sino el materialismo dialéctico, que por no ser verdaderamente un relativismo, libra a sus seguidores, en palabras de Lenin, de subjetivismo<sup>27</sup>.

Hasta aquí la filosofía materialista, centrada en el materialismo gnoseológico, del político ruso. Ahora bien, a lo largo de esta exposición Lenin no sólo ha afirmado un aceptable realismo gnoseológico, sino que ha mantenido tanto que existe sólo lo material, como que no puede existir nada fuera del espacio y del tiempo. Nos hallamos, pues, en presencia de un materialismo cualificado.

24. *Ibidem*, p. 207.

25. *Ibidem*, p. 207.

26. Véanse pp. 211 y ss.

27. Cfr. *ibidem*, p. 246.



¿Está justificado filosóficamente este salto? Lenin respondería afirmativamente, al menos desde lo que él entiende por filosofía, porque solamente esta filosofía materialista, en opinión del mismo Engels, convierte en auténticamente absurda la existencia de un Dios fuera del tiempo y del espacio: «Probablemente, Dühring quería ser materialista y ateo, no menos sinceramente que nuestros adeptos de Mach quieren ser marxistas, pero *no supo* aplicar de un modo consecuente el punto de vista filosófico que quitara verdaderamente toda base a los absurdos idealistas y teístas»<sup>28</sup>. Lo que se va buscando, por tanto, con estas afirmaciones es negar la existencia de todo ser que no sea material, que no esté encuadrado en el tiempo y en el espacio. Con palabras del propio Engels: «las formas fundamentales de todo ser son el espacio y el tiempo, y un ser concebido fuera del tiempo es tan absurdo como lo sería un ser concebido fuera del espacio»<sup>29</sup>.

Ya en la teoría marxista del conocimiento señalábamos la existencia de elementos ideológicos. En la actitud atea de Engels y de Lenin asistimos a un nuevo progreso ideológico exigido por las opciones políticas de ambos revolucionarios. El ateísmo es para Lenin un elemento esencial de su práctica política, de su actitud intramundana, más que una deducción, a nuestro entender, filosóficamente válida de su realismo gnoseológico.

M. Sacristán ve también en el ateísmo de Lenin una formulación ideológica, aunque su interpretación no concuerda en todo con la nuestra: «la afirmación de ateísmo es probablemente la más obvia formulación ideológica de la actitud cismundana significada por el principio de la práctica en la teoría del conocimiento. La energía antirreligiosa de Lenin refleja el hecho de que aquella actitud penetra todas las manifestaciones de la conducta, a partir de la manera de entender el conocimiento. El «unilateral», «violento» ateísmo de Lenin no es un elemento secundario de su obra ni de su personalidad: es expresión de la motivación misma de su pensamiento y de su conducta»<sup>30</sup>.

\* \* \*

Piensa Althusser que las objeciones que se hacen a la filosofía de Lenin se mueven dentro del terreno de lo que se entiende tradicionalmente por filosofía y por eso no dan en el blanco. Si la

28. *Ibidem*, p. 138.

29. *Ibidem*, 138.

30. M. SACRISTÁN, *Lenin...*, pp. XXX-I.

filosofía, de acuerdo con la interpretación althusseriana, no es más que política, las clásicas cuestiones dejan de tener sentido, las críticas a Lenin deben tomar otra dirección y, sobre todo, hay que buscar una nueva teoría que acabe con la práctica tradicional.

A pesar de creer que la advertencia de Althusser debe ser tenida en cuenta, seguimos manteniendo que tanto las insuficiencias de la filosofía de Lenin como su actuación práctica, pueden ayudarnos a comprender mejor las influencias mutuas que existen entre la filosofía y la política, sobre todo si la primera es entendida como ideología. Si comprobamos que el pensamiento del revolucionario ruso se pliega ante las exigencias de la práctica concreta, hay que dar la razón a Althusser y afirmar que la filosofía para Lenin no era sino política. Pero si después es la política la que se pone al servicio del mantenimiento de una concepción del mundo y de una filosofía totalmente ideologizada, si el poder político absolutiza una filosofía por el provecho que puede sacar de ello, hay que alejarse de la interpretación althusseriana y afirmar que su tesis no vale sino parcialmente, para el Lenin revolucionario, no para el que accede al poder e intenta mantenerse en él concediendo valor definitivo a lo que no es sino exigencia concreta de una determinada práctica política.

Vayamos por partes. Lo primero que llama la atención en *Materialismo y empiriocriticismo* es la falta de sistematización. Difícilmente se sigue el curso del pensamiento del político ruso, que repite hasta la saciedad los mismos temas y las mismas ideas. Al final todo se reduce a una única distinción: la que existe entre la teoría materialista y la teoría idealista del conocimiento.

Además, desde el punto de vista de lo que se entiende tradicionalmente por filosofía, hay que dar la razón a Sacristán cuando afirma que los escritos de Lenin ponen de manifiesto la insuficiencia técnica o profesional de su autor. Nuestro filósofo desprecia las diferencias, no les presta la atención debida, califica las distintas filosofías demasiado groseramente como idealistas o materialistas sin hacer las oportunas distinciones. Así se explica la abusiva identificación del empiriocriticismo con el idealismo berkeleyano. Algo tan importante para su misma filosofía como es la noción de materia, la despacha mediante una definición tan formal que parece que está únicamente buscando ponerla al abrigo de todo ataque que en el futuro pudiera venir por parte de las ciencias naturales.

Esta falta de matización filosófica es, con toda seguridad, la culpable de la incapacidad de Lenin para captar la novedad del

empiriocriticismo. Porque hay mucho de válido en esta escuela filosófica, pero para aprovecharlo, como se ha hecho recientemente, es preciso separar las técnicas analíticas de sus presupuestos filosóficos, sus investigaciones sobre el funcionamiento formal del lenguaje científico y sus enunciados directos sobre el mundo. Por eso Lenin es el primero que se merece los reproches de Althusser, puesto que opuso una serie de consideraciones filosóficas tradicionales a algo que no era tan tradicional: las investigaciones formales y analíticas del empiriocriticismo.

El que Lenin antepusiera sus preocupaciones políticas a las filosóficas, no justifica, en nuestra opinión, los deslices filosóficos de su obra, aunque sirvan para que comprendamos mejor su forma de hacer filosofía. Afirma Sacristán que «en 1908, cuando escribía *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin sabía que estaba realizando una tarea elemental, una divulgación negativa que consideraba necesaria en una época de ofensiva de las ideologías irracionistas, «fideístas», al servicio de las clases dominantes»<sup>31</sup>. Esto es cierto, y prueba de ello es que en 1908 Lenin combate filosóficamente con su obra más a su contrincante político Bogdánov que a Mach y Avenarius. Esto puede explicar, indudablemente, las deficiencias filosóficas de *Materialismo y empiriocriticismo* en un Lenin preocupado ante todo por separar su filosofía de la de Bogdánov. Pero aquí se encuentra, precisamente, la prueba más clara de la utilización política de la filosofía por parte de Lenin. En 1904 Bogdánov y Lenin habían llegado a un acuerdo para que sus diferencias filosóficas no entorpecieran la lucha política que ambos llevaban a cabo desde el mismo lado y con las mismas finalidades. En este momento Lenin admitía que la filosofía era «neutral» políticamente hablando, o al menos que las diferencias de filosofía no eran tan importantes que justificaran su ruptura política con Bogdánov. La filosofía se pliega a las exigencias de la política.

¿Por qué se rompe el acuerdo?, ¿por qué Lenin combate filosóficamente a Bogdánov? La razón de la ruptura no fue la filosofía, sino la política, ésta es de nuevo la que domina. En 1907 el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso se reunió para decidir la actitud a tomar ante la III Duma Imperial. Lenin y los mencheviques votaron a favor de la participación, Bogdánov y los bolcheviques votaron en contra. A partir de este momento Lenin y Bogdánov

31. Ibidem, p. XII.

fueron enfriando sus relaciones hasta romper y convertirse en enemigos políticos, y, naturalmente, en adversarios filosóficos.

El principio de la práctica es la instancia suprema y resolutive de la filosofía de Lenin. Ante la situación concreta que planteaba la III Duma, cabían dos posibles valoraciones y Lenin y Bogdánov no estuvieron de acuerdo. Esto suponía para Lenin el abandono de la concepción «neutral» de su filosofía, porque para él filosofar es, más que pensar filosofemas, conformar su pensamiento y su mente a la voluntad de transformar las cosas, a cada concreta exigencia política.

De esta actitud totalmente volcada a la transformación de la sociedad —indudablemente una elección previa— se deriva la necesidad de adoptar una ideología que justificara y apoyara la práctica revolucionaria. Uno de los elementos de esta ideología es, desde luego, el ateísmo. Por eso afirmamos que el ateísmo de Lenin es ante todo político, una exigencia ideológica de su actitud intramundana en un momento en el que lo contrario le resultaría impensable. La acción revolucionaria tiene necesidad también de una coherencia y ha de realizarse en la concreta singularidad de la situación en que vive.

El empiriocriticismo, para Lenin, era una forma camuflada de filosofía reaccionaria que incluía el deísmo como variante del idealismo subjetivista. Por tanto, sólo puede admitir una filosofía que enseñe claramente que únicamente existe el ser sensible, que el mundo físico es toda la realidad: negar la realidad objetiva, de cualquier forma, supone ponerse en las manos del fideísmo, sea a través del agnosticismo o del subjetivismo. «Si el mundo sensible es una realidad objetiva —insiste Lenin casi al final de su obra—, no queda lugar para cualquier otra «realidad» o cuasi-realidad. Si el mundo es materia en movimiento, se la puede y se la debe estudiar infinitamente en las infinitamente complicadas manifestaciones y ramificaciones de *este* movimiento, del movimiento de *esta materia*, pero nada puede haber fuera de tal materia, fuera del mundo «físico», del mundo exterior a todos familiar»<sup>32</sup>. La postura del agnosticismo, que declara no saber si existe una realidad objetiva o que si existe es irreconocible por nosotros, tiene que ser tolerante con los que afirman la existencia de algo más que la materia. Lenin, en su furioso ateísmo, no puede ni oír hablar de ésto. Por la duda puede infiltrarse una filosofía idealista, el teísmo y los reaccionarios. Pone su confianza en los senti-

32. V. I. LENIN, *Materialismo...*, p. 274.

dos y en la capacidad de los mismos para captar la realidad, toda la realidad. Lo demás son invenciones y patrañas propias de idealistas y reaccionarios.

La filosofía contiene, pues, elementos ideológicos. El mismo Lenin estaría de acuerdo con esta afirmación ya sentada por el mismo Marx en su *Ideología alemana*. Marx propugna, por tanto, el abandono de toda filosofía para enfrentarse con la realidad tal cual es. Si la filosofía es una mistificación de la realidad, debemos abandonarla y sustituirla por la ciencia, única que puede proporcionar al hombre el auténtico saber sobre las cosas. El materialismo histórico pretende realizar este cometido. Abandonando las precedentes elucubraciones filosóficas sobre la historia, intenta transformar el mundo aplicando un conocimiento científico. Se trata, en definitiva, de llevar hasta sus últimas consecuencias la ruptura con toda filosofía de cuño interpretativo, de acuerdo con lo enunciado por el mismo Marx en sus famosas tesis XI sobre Feuerbach.

Lenin, mientras actuó como revolucionario, fue consecuente con la visión marxista de la filosofía. Siempre que fue preciso la puso al servicio de la política, la utilizó contra sus adversarios políticos convencido de que no había principios inmutables que salvar. El mismo confesó que la única propiedad de la materia a la que estaba ligado el materialismo era su objetividad. También afirmó que el materialismo —de acuerdo con el mismo Engels— debía desarrollarse con el paso del tiempo, cambiar según las circunstancias históricas. Por eso el propio Lenin consideró exigencia ineludible del marxismo la revisión de las tesis filosóficas de Engels<sup>33</sup>.

Sin embargo, la filosofía del marxismo, el materialismo en palabras de Lenin, no sólo no se revisa, sino que inicia un proceso de dogmatización, de endurecimiento de sus tesis y de extensión de sus elementos más ideológicos. Las ideas filosóficas de Marx se convierten para Lenin en principios absolutos y universales. Se abandona así la primitiva idea marxista de abolición de la filosofía y de toda ideología y se absolutizan el materialismo filosófico y el ateísmo. ¿Hay algo que pueda explicar este nuevo proceder? Creemos que la razón hay que buscarla en el cambio de situación política del dirigente marxista, el cual tuvo que sufrir en propia carne

33. La revisión de las tesis filosóficas de Engels parece que se ha iniciado, aunque parcialmente, en la URSS después de la desaparición de Stalin.

la ley sociológica que dice que el revolucionario se convierte en conservador al llegar al poder<sup>34</sup>.

Efectivamente, en 1917 Lenin se hace cargo del poder en Rusia después de la revolución, y a partir de este momento el marxismo va siendo cada vez más la ideología que justifica el nuevo orden social y político implantado por el partido<sup>35</sup>. Con Lenin se inicia la construcción de ese estado totalitario que Stalin consolidaría más adelante mediante la dictadura del partido, la centralización burocrática y la colectivización estatal.

Las exigencias de la política explican, al menos en un primer momento, la postura filosófica de Lenin. Pero con su llegada al poder se completa un proceso inverso y complementario en el que la política se pone al servicio del mantenimiento de una filosofía dogmatizada, ideología del partido en el poder, que oprime las dimensiones espirituales del hombre. Las consecuencias de estas posturas son radicalmente distintas: mientras la filosofía se pliega a las exigencias de la política permanece abierta al cambio, puede variar sus tesis y adaptarse a las nuevas situaciones; cuando la política pierde su especificidad y se pone al servicio de una ideología particular, cuando concede valor absoluto y validez permanente a un modelo operativo, se cierra a toda revisión y a todo nuevo análisis de la realidad.

El ateísmo de Lenin, exigencia ideológica de su práctica política, pasa a ser también elemento esencial del mantenimiento en el poder de un partido marxista. Muchos piensan que no hay por qué mezclar en el marxismo su racionalidad científica y su ideología filosófica. Una revisión de este tipo no será emprendida ni aceptada por el marxismo oficial, pero parece estar exigida por una táctica política que pretenda ir de acuerdo con los primitivos planteamientos revolucionarios de Marx, Engel o Lenin. Porque dentro de la dialéctica marxista parece que cabe admitir la posibilidad de que el análisis de la nueva situación revelara que era preciso ser creyente para poder seguir siendo revolucionario.

JESÚS-LUIS PARADINAS

34. No deja de ser curioso que los bolcheviques acusaran a Lenin de ser un reaccionario y derechista por su actuación política después de la III Duma. ПАН-НЕКОЕК, por su parte, tachó a Lenin de ser filosóficamente un materialista burgués y de haber realizado una revolución burguesa.

35. Rosa Luxemburg, por ejemplo, criticó a los bolcheviques y a Lenin porque imponían la dictadura del partido sobre la clase obrera.